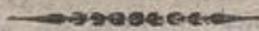


# LA POLTRONA MÁGICA.

*Poema, cuento sucedido ministerial,  
ó llámese como mejor parezca á sus  
lectores; pues justo será que ya  
que costean el bateo, les quede la  
facultad de poner nombre  
al chiquillo.*



MADRID.

IMPRENTA DE REPULLÉS.

1820.

Se hallará en la Librería de Brún, frente  
á las gradas de San Felipe el Real.





## CANTO PRIMERO.

*Si son ó no son flores,*

*Lo mismo serán estos*

*Que sus antecesores.*

Pasquin Megicano.

---

**O**h tú, que fugitiva y trashumante,  
ahora como entonces andas siempre á  
salto de mata, y á tío yo no he sido: tú  
que te haces de pencas porque nadie te  
busca y á quien todos creen justicia, por  
lo que hueles á pregon: Verdad, santa  
y desnuda verdad; montañés patrimonio  
del que nada tiene ni espera: azote del  
mísero que rueda por los suelos, y atenta  
y humilde servidora del discreto que pi-  
sa alfombras; ven á mi socorro, ven;  
desciende para ello del encumbrado em-  
pireo, si es que te ha dado el hipo de  
subirte tan arriba, ó corre y no dejes  
de correr hasta que me encuentres; si

es que te hallas por capricho en esta bajísima tierra, trasconejada en alguna escribanía de Cámara, que lo dudo, ó zambullida en cas de un a'ojero, que sera lo mas cierto. Ven te digo: mira que te necesito mucho mas de lo que piensas; no para hablar en favor de la Constitucion á hidalgos ó prebendados, porque nunca me gastó predicar en desierto, ni tampoco para preconizar en tu nombre hechos comunes é insignificantes, como suele suceder á mas de cuatro, que te invocan y te llaman y te traen de aqui para alli, no sin grave detrimento de tus vorceguíes escoceses; y luego te emplean en que cuentes el desaire de un marques, el chisme de un barbero ó cosa que lo valga, si es que lo susodicho vale algo. No, diosa mia, nada menos que eso; mi objeto es de un cuño muy diferente; es de utilidad conocida, de entidad suma, de nobleza épica; pues para servirte, y como quien no quiere la cosa, has de saber que trato de escribir un poema en forma, á lo menos está en mi intencion; pero sino fuere poema lo que saliere y escribiere,

5  
ten por seguro que será algo que se le  
parezca ; y perdona , porque el hombre  
pone y Dios dispone.

Dígalo sino Damon ,  
Que cuando quiere escribir  
Dísticos , suele salir  
Con actos de contrición.

Y vosotras, ilustres hermanas, (cuidá-  
do que no me dirijo ni á las nueve ni  
á las trece) archivos perennes de la cien-  
cia infusa, centros de la gravedad pala-  
ciega, superficies de la superficialidad  
cortesana, y testigos de tacto de cuan-  
to intento publicar con el favor de Dios,  
insignes mesas de las Secretarías del Des-  
pacho, prestadme tambien vuestro au-  
xilio, y ya que Esopo hizo hablar á los  
borricos, é Iriarte á las cotorras, logre  
yo del mismo modo personificaros y a-  
nimaros y daros lengua, para que en  
estilo llano é inteligible, si es que al-  
guna vez se usó en vuestra morada, me  
contéis lo que sepais de aquella famosa  
conjura que aseguró para siempre vues-

tra prepotencia , por mas que lluevan constituciones sobre la malhadada y poco regalada España.

Recordadme pues el silencio y horfandad en que yaciais en cierta noche, fria y ventosa como noche de Marzo, y lóbrega y obscura como lo son en Madrid todas las del año luego que dan las doce y se acaba la luna. Referidme como el fastidio habia adormecido ya á la mayor parte de los habitantes del Alcázar Regio , y como en torno suyo velaban solo tal cual centinela , con tal cual ronda de vecinos honrados y soñolientos. La anchurosa plaza hallábase de consiguiente desierta y abandonada. Una triste y malhabida berlina con dos pensativas mulas , y un cochero entre dos luces , eran los únicos objetos que aunque con trabajo se descubrian en el inmenso espacio de aquel escabroso piélagos de eterna y costosa duracion;

Como suele garbanzo vergonzante  
Aparecer en olla de estudiante.

Mas ay! el dueño á quien esperaban,  
ni por esas se daba por entendido. Es-

taba su Exc. demasiado empapado en sus melancólicos pensamientos para atender entonces á la hora que era , ni al torozon que amenazaba á sus pobrecitas mulas. Repanchigado en una poltrona , cruzadas las piernas , apoyada la mexilla izquierda en su correspondiente mano, inclinada la cabeza sobre el estrechísimo pecho , y teniendo delante de sí una mesa con faldellin , y dos velas qual si fuera demandante de ánimas , ni daba el buen señor señal de vida , ni menos de marcharse á la cama. En vano el portero mayor se acercaba de puntillas á la mampara , y junto á ella tosia , y garga-geaba y estornudaba , y se valia en fin de cuantos recursos le sugeria el sueño para advertir á su Exc. que era mortal ; todo en vano , su Exc. no queria serlo , y por lo mismo , y porque trataba de eternizarse en su puesto , se devanaba entonces los ilustres sesos. Verdad es que le sobraba la razon hasta por encima de la peluca , si se considera lo mucho que habia trabajado para trepar hasta el pináculo de la grandeza , y lo poco que esta le iba á durar ; asi no fuera estra-

ño que otro hubiese repetido en su lugar aquella famosa sentencia de

Para tan corto tiempo

No fuera príncipe yo.

Pero su Exc. no entendia de romances, y sí solo conjugaba entre dientes el verbo temer por activa y por pasiva, que de algo le habia de servir haber profesado la cátedra de humanidades en la Universidad de Isphaan, y para eso fue graduado y escogido por sesenta y nueve doctores en pèrsico derecho.

*Vanitas vanitarum et omnia vanitas*, dijo no sé quién, aunque siempre lo diria alguno cuando se dijo. ¿De qué le sirvió al buen marques su título de albaca, ni sus estados en flor? ¿Para qué haber visitado tanto como visitó en su vida, y escrito y demandado, y protestado y jugado al tresillo con la señora del novel consejero? ¿Por qué desterró á este de puro agradecimiento, luego que le consiguió el empleo á que aspiraba? Por qué, ni para qué fue finalmente el cortesano mas acérrimo de cuantos cor-

tesanos contiene en sí la Corte? Para que venga en seguida con sus manos lavadas, y se coma la pera quien la empezó á mondar seis años hace, y porque no la mondaba á gusto de algunos, se le envió á que aprendiese otro oficio á donde Cristo dió las tres voces: cierto que el lance tiene chiste, y que no sucediera otro tanto en las mismísimas orillas del antiguo Eufrates.

Pero Señor (exclamaba *alicuando* su Exc.) ¿en qué se funda tamaña injusticia? ¿Cuándo se ha visto que el bien general de nueve millones de almas, se anteponga nunca al bien estar individual de una sola? Además, qué apetecen esos impertinentes descontentadizos? Qué echan de menos en mi harto breve ministerio? No querian libertad? pues no la tienen de murmurar y de maldecirme hasta que se cansen, con tal que cada uno lo haga para sí y como Dios manda. ¿No hablaban de seguridad personal? pues pueden estar mas seguros y guardados de lo que lo estan, aquellos á quienes hago enjaular cada noche? No pedian código y leyes? pues no acabo de encargár ambas

cosas al Consejo de Castilla, que lo hará pronto y bien? ¿No se quejaban de las trabas que se oponian continuamente á la marcha de las luces? pues puede haber nada mas luminoso y elocuente que mis decretos, ni nada mas claro que los de mi compañero el de la sangre azul? Y todavía piden gollerías y se nos suben á las barbas? Ignorantes? yo les aseguro que si las tornas se vuelven . . . pero no, no se volverán.

Como tú no te pongas

Otra mantilla

Que la que yo te diere,

Ya será fina.

No se volverán: esos malditos de la Isla, esos condenados gallegos, esta guarnición de Madrid, y sobre todo el pueblo, que es lo que á mí me da en que pensar, el pueblo, empeñado en que ha de haber Constitucion y reforma y . . . como si fuera á ganar algo con estas novelerias, como si al fin él no se quedara de todos modos pueblo, y como si yo,

por mal que vayan los asuntos , no hubiera de salvar el *maximum* y la Esce-  
lencia. Con todo, no las tengo todas con-  
migo ; porque quién sabe si los tales mártires de la patria nos jugarán alguna per-  
rada cuando vuelvan? Quién sabe si á  
fuer de desengañados y de agradecidos  
á lo mucho que la canalla ha hecho en  
favor suyo , darán en que han de seguir  
al pie de la letra ese código que tanto  
ponderan , y que deben de saber de me-  
moría , pues lo enjendraron y parieron?  
¡Cáspita! pues entonces dígole á vmd.  
que estaremos medrados , y que con tan  
maldito egemplo ninguno quedará se-  
guro.

Aqui llegaba el lastimado caballero,  
y no sé á donde hubiera ido á parar con  
su ministerial jaculatoria , si la última  
idea que le sobrevino á las mientes no  
le afligiera y enagenára de tal suerte que  
privándole del uso de la palabra , que  
hasta entonces habia tenido libre y ex-  
pedito , no le hubiera reducido á un es-  
tado , capaz de inspirar compasion al mas  
empedernido fiscal del Consejo mas su-  
premo. Su acalorada imaginacion no le

presentó desde aquel momento sino espectros y fantasmas con corozas y sanbenitos. Un sordo ruido de cadenas y cerrajas que á su parecer oia en rededor suyo , aumentaba su miedo y doblaba su confusion. Desgraciado! bien quiso poner pies en polvorosa , pero no pudo ; pues lo mucho que moralmente habia padecido , le tenia tan débil y extenuado que mas se asemejaba en aquel entonces á primogénito de grande , que no á Señor de horca y cuchillo. Tambien quiso abanicarse por si acaso conseguia desterrar de este modo los sudores que de cuando en cuando le acometian , y para ello alargó el descarnado brazo y afianzó el primer expediente que la casualidad le presentó , entretantos como dormitaban encima de su mesa ; pero oh fatalidad inaudita! este marmotreto era , como quien no dice nada , el de los emigrados en Francia , y participando como participaba de la esencia divina , por no tener principio ni fin , mal podia serle de provecho en circunstancias tan profanas. Ya no le quedaba recurso alguno al paciente , y en la agonía del

poder , que es la mas amarga de todas las agouias conocidas, inclusa la del bolsillo de un pobre. Su alma , próxima á exhalar , se daba ya de antemano á perros ; porque eso de darse á Dios se queda para los que no son ministros , cuando un trueno espantoso sonó encima de su cabeza , y despues otro , y luego seis ó siete seguidos , y todos juntos bastaron y aun sobraron para que el susodicho volviera en sí y olvidara fácilmente la patria y sus desaguisados , para no pensar sino en el católico pararrayos , ó lo que es lo mismo , en el trisagio de la Santísima Trinidad.

Rezóle al punto con fervoroso miedo , y aun cuando no pudo darse razon á sí propio de lo que era , porque unas veces lo creyó carraca de semana santa, y otras portazo de pretendiente deshaucciado , lo cierto es que aquel estrépito á tales horas no parecía natural , y por lo tanto hizo bien su Exc. en tenerlo por milagro , y casi casi en recibirlo como aviso del cielo. ¿Y hubiera tenido algo de particular que asi hubiera sido? Cuando hay mayor necesidad de que los ángeles

digan lo que se ha de hacer, que cuando los hombres se dan por las paredes y no lo adivinan? Nunca.

Y es gran cosa ciertamente

Un alado confidente,

Con rizos y camison,

Que en la mayor afliccion,

Y cuando nadie lo espera,

Se aparece en la escalera,

En el pasillo ó desvan,

Y entre dama y Sacristan,

Entre dengoso y severo,

Dice á cualquier majadero

Aquello que le conviene,

Para que no se equivoque,

Y luego que se lo tiene

Dicho y redicho, agur, Roque.

Pero si fue ó no fue aviso júzguelo el curioso lector, que yo no se lo he de decir, aunque me urge la misma Magica urganda; lea pues y entérese. Ape-

nas el del trisagio concluyó su mística faena , cuando oh asombro! oh maravilla! vió rasgarse la artesonada bóveda , y descender por ella sobre un globo de papel sellado á un venerable anciano vestido de colorines , con sus puntas de Arzobispo en *partibus* , y su collar de Cardenal de la Santa Iglesia Romana. Una nube de polvo sostenia aquella inmensa mole , y una copiosa lluvia de brillante arenilla la anunciaba. Acercóse la vision paulatinamente hasta situarse á tres pasos y medio de la mesa , y entonces y sin apearse de su carruage á la Rumford , fija la vista en el turbado ministro , y asi le dice : qué temes, hijo de tu padre? qué te aflige? Cómo desmayas precisamente en el momento mas crítico , en el que debieras recordar tu antigua fortaleza? ¿Eres tú acaso digno sucesor del pio Juan Esteban? No , jamas este pollo se amilanó como tú te amilanas , y nadie mejor que él mereció nunca el alto puesto á que estaba destinado. Vergüenza me da que dé pedimento en protesta , y de protesta en codillo hayas llegado á donde aquel lle-

gó ; y si nó fuera por cierto espíritu de cuerpo, que me hace salir de mis casillas, te juro . . . pero quédese en amenaza, que al fin y al cabo no quiero que digan que me ensangriento con los míos. Sí, con los míos, porque aquí donde me ves, soy el famoso Alberoni, el fundador del despotismo ministerial en España.

Eminentísimo Señor! exclama el marques al escuchar semejante nombre, sí, yo, pero, cuándo. . . Basta, replica el Cardenal, sin dejarle concluir tan elegante discurso ; basta, digo, y vamos á lo que importa : mañana á estas horas ya no serás Ministro, ni tampoco lo será dentro de algunos dias ninguno de tus compañeros. Pésame si he de decir verdad de que tal suceda ; pues ministerio mas adecuado para que las cosas fuesen como iban, con dificultad se hallará, y no se qué le pueden pedir á un Ministro de Estado, que ha escrito profundamente sobre táctica, á otro de Guerra que se honra con el título de familiar del santo oficio, á uno de Hacienda que aborrece las cuentas, y en fin á

tí que lo eres de Gracia y Justicia, cuando nunca has hecho favor á nadie, ni distes jamas la razon á quien la tenia; con todo, ello al fin es preciso, pues el pueblo se ha empeñado en repetir que no sois para el caso, y se salen con la suya. Pero si no puedo evitar que os quedéis sin empleo, salvaré á lo menos vuestra reputacion, y con ella el honor del pabellon.

Que el expediente mejor,  
 Para disculpar un necio,  
 Es poner por mas desprecio  
 A su lado otro mayor.

No digo yo que serán necios todos los que vengan y os reemplacen, no por cierto, pero con tal que algunos lo sean, y que otros se mareen con el tufillo ministerial, y que todos caigan en el lazo que les preparo, os prometo que antes de dos meses, si ellos no os hacen buenos, porque esto es imposible, á lo menos se hacen como vosotros.

Dijo; y dió un fuerte golpe sobre

la mesa con el mango de un cortaplumas : á esta terrible señal se presentaron por cuatro distintos escotillones igual número de genios ministeriales, que fueron en algun tiempo covachuelos, y que por sus méritos habian obtenido el honor de la inmortalidad. Y no me queda la menor duda de lo que eran, ni de lo que habian sido, pero aunque no lo supiera como lo sé de buena tinta, lo adivinara facilmente, porque prescindiendo de que cada uno llevaba en la mano izquierda cierto atributo análogo á la primitiva profesion (1), y todos en la derecha una varita de lacre, á manera de caduceo, tenian ademas en sus movimientos y contorsiones una flexibilidad tan palaciega, que no podia equivocarse á dos tirones.

Pues no hai cortesano grave,  
 Con barriga ó sin barriga,  
 Que meterse no consiga

(1) *V. gr. plumas, reglas, tinteros, salvaderas, y demas metralla oficinesca.*

Por el hueco de una llave:  
Y es un mimbres tan sutil,  
Que se dobla y se atropella  
Con el ay de una doncella,  
Cual si fuera peregil:  
Mas esto solo se entiende  
En Palacio, y cuando espera  
Comprar pension ó venera,  
Con las lisonjas que vende;  
Porque si no, te aseguro,  
Lector amigo, que el tal  
Se transforma en pedernal  
Alcarreño, tieso y duro.  
Entonces hai distracciones,  
Y compás á la prusiana,  
Y salidas de pabana,  
Y tos, y malas razones;  
Y entrecejo, y sonrisita,  
Y en fin tono desdeñoso,  
Que el que adula al poderoso,  
Con el pobre se desquita.

¡Id, génius! les grita el Cardenal: llevad esa poltrona al país de las lisonjas, y que allí se la adobe con el debido barniz, en tanto que para tranquilizar al marques, voi á conducirle á nuestros Eliseos, y en ellos dará conmigo un par de vueltas para que obtenga á favor de tan saludable ejercicio el apetito y sueño que necesita.

Dicho y hecho; los plumistas cargan con la poltrona, y se van con ella por esos mundos de Dios, mientras que el Cardenal y el doctor se largan tambien á donde se dirá en el segundo canto, si el tiempo y la venta del primero lo permiten. = Asi sea.